

de flechas. Nuño de Guzman mandó acercar á la orilla del rio dos piezas de artillería, y disparando algunos cañonazos, logró apoderarse de veinte canoas que se habian aproximado demasiado. Dueños los soldados castellanos de estas embarcaciones, entraron en ellas con algunos guerreros mejicanos y tlaxcaltecas, logrando poner en dispersion á los contrarios, que huyeron con sensibles pérdidas. Nuño de Guzman se detuvo algunos dias en Cuitzeo, cuyo cacique pidió la paz, y dió la obediencia al monarca de Castilla. Pasó el ejército expedicionario á Pontzitan, donde fué muy obsequiado por el señor de la villa, con abundancia de pescado, maíz, aves, miel y agradables frutas. El cacique, encontrando en la religion cristiana, que le explicaron los misioneros que iban con el ejército, una doctrina dulce y consoladora, abrazó el cristianismo, tomando en el bautismo el nombre de Pedro de Ponce. Encantado Nuño de Guzman de la benignidad del clima y de la feracidad del terreno de todo aquel valle, que era uno de los mas poblados que habia encontrado en su marcha, lo aplicó para sí, olvidándose por completo del emperador y de los deberes hácia la corona. Hecho esto, y queriendo reconocer y conquistar todas aquellas fértiles provincias, envió al capitán Chirinos con cincuenta jinetes, veinte infantes españoles y quinientos tarascos y tlaxcaltecas al valle de Tlacotlan, Mezcala, Jalpa y otros pueblos, con órden de que fuese á salir al mar por Tepic, como lo verificó. Nuño de Guzman, con la demás fuerza, se dirigió hácia una poblacion llamada Tonalá. El cacique que gobernaba la provincia, habia muerto, y le sucedió en el mando su viuda. Al recibir el mensaje del jefe espa-

ñol, anunciando que se ponía en marcha y que esperaba ser recibido de paz, los consejeros de la viuda gobernadora se reunieron para resolver lo mas conveniente. La opinion estuvo dividida: unos opinaban porque los expedicionarios fuesen recibidos pacíficamente, y otros por la guerra. La viuda cacique se inclinó á la paz, y en consecuencia, se contestó al jefe español en términos lisonjeros. Nuño de Guzman se puso al siguiente dia en camino, atravesando terrenos cuidadosamente cultivados. Al aproximarse á las puertas de Tonalá, fué recibido por la viuda gobernadora y sus consejeros, con las atenciones mas delicadas de aprecio. Un grupo de jóvenes de ambos sexos, ejecutando vistosas danzas al compás de una música mas ruidosa que melódica, marchaba por delante, ostentando sus mas lujosas galas. Conducidos los españoles á un espacioso alojamiento que se les habia dispuesto, la viuda cacique presentó algunos sencillos presentes al jefe español, como señal de amistad sincera. Pocos instantes despues de esta distinguida recepcion, se vió llegar hacia la villa, numerosos escuadrones de combatientes lanzando horribles alaridos de guerra. Era la parte de la poblacion que, opinando por la lucha, habia salido de ella para hacer un llamamiento á los pueblos, y volvia con ánimo de exterminar á los extranjeros. Nuño de Guzman formó su gente y salió al encuentro de sus contrarios. El combate fué terrible. Los indios, con un valor que rayaba en temeridad, se lanzaban sobre los españoles, descargando una incesante lluvia de flechas y haciendo sentir el duro golpe de sus macanas y de sus lanzas. Juzgando que la muerte del jefe castellano les daria la victoria, se arro-

jaron sobre él al verle separado de los suyos, acometiéndole por todas partes con furia terrible. Nuño de Guzman derribó á varios atropellándolos con su caballo; pero lograron arrancarle la lanza de las manos, y descargaron sobre él formidables golpes, sin darle lugar á sacar la espada. Nunca se habia visto en un peligro mas inminente de perder la vida, y la hubiera perdido sin duda, si, al verle rodeado de enemigos, no hubieran acudido á favorecerle los suyos. Despues de una tenaz lucha, los valientes indios, dejando mas de dos mil cadáveres sobre el campo, huyeron á las montañas y á los barrancos. Nuño de Guzman tomó posesion de Tonalá y del territorio comarcano en nombre de la corona de Castilla con las ceremonias de costumbre.

Despues de haber permanecido veinte dias en la poblacion, adquiriendo noticias importantes respecto de los diversos señoríos que se encontraban esparcidos en las regiones cuya conquista se habia propuesto, movió su ejército. Envió al capitan Cristóbal de Oñate con cincuenta jinetes, treinta infantes españoles y quinientos indios de las tropas auxiliares, á que entrase por el valle de Tlacotlan y otros diversos pueblos, y él, con las demás fuerzas, se dirigió á Etzatlán. Oñate llevaba la orden de hacer que los habitantes de los puntos por donde pasaba reconociesen por soberano al monarca español, y saliendo por Tequila, marchar á Etzatlán, punto en que debia reunirse el ejército.

Mientras el capitan Cristóbal de Oñate se ocupaba en cumplir las órdenes de su general, Nuño de Guzman, pasando por el valle de Tlala, llegó, sin encontrar obs-

táculo ninguno, á la provincia de Etzatlán, que tres años antes habia ganado Francisco Cortés, primo de Hernan Cortés, enviado por éste á expedicionar por aquel rumbo. El presidente de la Audiencia avanzaba hácia la poblacion principal que llevaba el mismo nombre que el señorío, admirando la fertilidad y belleza de un hermoso valle que se extendia cuatro leguas, cubierto de ricos maizales, cuyas doradas mazorcas, acariciadas por la suave brisa, se mecian dulcemente, como las blandas ondas de un delicioso lago.

Al terminar el cultivado y fértil valle, el ejército llegó al pintoresco pueblo de Etzatlán, que respiraba aseo, tranquilidad y alegría. Etzatlán era una graciosa villa, en cuyo contorno se descubre una hermosa laguna, con multitud de islitas cubiertas de chozas y de arboledas. Esta pintoresca poblacion y las risueñas aldeas que la circundaban, estaban bajo la encomienda de Juan de Escarcena, capitan español, á quien se le habia dado de repartimiento. cuando, como he dicho, fué agregada aquella provincia á las demás que Cortés unió á la corona de España. Juan de Escarcena recibió al general con las atenciones debidas al presidente de la Real Audiencia de Méjico, y le alojó en su misma casa. La belleza y fertilidad de la provincia, despertaron en Nuño de Guzman el deseo de agregarla á las de su conquista, y manifestó la conveniencia de verificarlo á su encomendero y á unos religiosos franciscanos que se hallaban en el mismo pueblo entregados á la instruccion de los indios. Juan de Escarcena, así como los religiosos, contradijeron, con respeto, pero con entereza, el pensamiento del ambicioso

presidente, que se vió precisado á desistir. Viendo que le era imposible hacerse de la provincia, solicitó de Juan de Escarcena, que se agregase, con los indios de su encomienda, al ejército; pero el honrado capitan español manifestó que no podia desatender las obligaciones que pesaban sobre él respecto de la instruccion de los naturales, y se quedó en el pueblo con los frailes de San Francisco, Fray Andrés de Córdoba que habia ido á bautizar á los indios de aquellas poblaciones, y Fray Francisco Lorenzo que se dedicaba á la predicacion y la enseñanza.

Mientras Nuño de Guzman esperaba en Etzatlán á sus capitanes para continuar juntos la conquista, el capitan Chirinos habia ganado el territorio de Acatlic, Jalostitlan y Zacatecas, destruyéndolo todo, sin cuidarse de la disciplina de los suyos, y dejando á los indios auxiliares que incendiasen los pueblos y talasen los campos. Cristóbal de Oñate, observando una conducta opuesta á la de Chirinos, pero desplegando una actividad extraordinaria en sus operaciones militares, logró que las provincias situadas en el rumbo á donde habia sido enviado, prestasen obediencia á la corona de Castilla. De las tierras y valles de Juchitila y Teules tomó el camino de Huentzitlan, donde ayudado de los indios de Tlajomulco, derrotó á los escuadrones contrarios que trataron de impedirle el paso. Amedrentados los habitantes de la provincia con la derrota sufrida, no se atrevieron á presentarse de nuevo en campaña; y Oñate se dirigió, sin encontrar obstáculo ninguno, á Copala, donde fué recibido de paz por el cacique. No encontró la misma recepcion amistosa al

acercarse al pueblo de Iztlan. Era preciso pasar el Rio Grande y los habitantes se situaron en la orilla para impedir el paso á los españoles. La accion fué reñida; pero las tropas de Oñate lograron vencer todas las dificultades poniendo en fuga á sus contrarios, y la villa quedó arrasada. El ejército atravesó el valle de Tlacotlan y Contla, hallando de paz á sus habitantes, y sujetó el pueblo de Teocuatlichí que contaba con seis mil habitantes. Noticioso Oñate de las operaciones militares de Chirinos y de los pueblos que habia conquistado, se volvió con sus tropas, para agregar á lo descubierto lo que su compañero de armas habia dejado á mano izquierda. Tomada esta resolucion, emprendió su marcha hácia Nochiztlan. La posicion de este pueblo era verdaderamente militar. Se hallaba situado en un áspero peñon de difícil acceso, en que los indios habian levantado sólidas y terribles fortificaciones. Seis mil guerreros defendian la formidable plaza, llenos de confianza en la victoria. Aunque Oñate habia emprendido la campaña con solo ochenta españoles y quinientos mejicanos y tlaxcaltecas, su ejército habia crecido bastante con los indios que se le habian ido agregando al pasar por los pueblos que se le declaraban adictos. Dispuesta su gente y sitiado el pueblo, emprendió el ataque sobre la plaza. Los habitantes lucharon con notable valor y esfuerzo, oponiendo una resistencia tenaz y vigorosa. La lucha se prolongó por algun tiempo; pero al fin fué tomada la poblacion, despues de haber perecido casi todos sus defensores.

Cristóbal Oñate, despues de haber permanecido algunos dias en Nochiztlan, se dirigió al valle y rio de Ju-

chipila. El cacique de la provincia le recibió afectuosamente y le proporcionó los víveres que necesitaba. La toma de Nochiztlan habia llenado de asombro á las poblaciones próximas, y todas se apresuraron á solicitar la paz y á declararse unidas á la corona de España. Aun muchos habitantes de los pueblos que el capitán Chirinos habia conquistado en los llanos de Zacatecas, se presentaron á ofrecer vasallaje. Admitidas las ofertas de alianza de los caciques, Cristóbal de Oñate hizo sus actos de posesion, y marchó con su ejército al valle de Tlaltenango, atravesó un camino pintoresco, orillado de altas montañas, y pasando por Tepexitlan, llegó al notable pueblo de Tuixl, ó gran Teul, famoso entonces por el magnífico templo consagrado á sus principales ídolos. Estaba situada la poblacion sobre la mesa de una montaña, circunvalada de peña tajada, y defendida no solo por la naturaleza, sino tambien por los fuertes parapetos construidos por los indios. Los españoles fueron recibidos por los habitantes de Teul con la misma benevolencia con que habian sido acogidos por los demás pueblos. El cacique y la nobleza obsequiaron atentamente á Cristóbal de Oñate, y se ofrecieron por vasallos del monarca castellano. Fortuna fué del capitán español encontrar en disposicion pacífica á los habitantes de aquellos pueblos, pues siendo la gente caxcana guerrera y belicosa, difícil le hubiera sido dominarla por la fuerza. Cristóbal de Oñate, contento de haber logrado unir á la corona de Castilla, con muy poco derramamiento de sangre, las numerosas poblaciones en que habia hecho la campaña, marchó al pueblo de Tejuila, haciendo abrir antes á los españoles y auxiliares indios, con picos, bar-

ras y azadones de que iban provistos, un camino por una peña tajada, cuya obra llegó á llamar justamente la atencion. Así marchó el ejército, por espacio de tres leguas, hasta llegar á Rio Grande; y de allí se dirigió á Etzatlán, donde se reunió con Nuño de Guzman que le esperaba. Unidas las dos fuerzas, el general tomó el rumbo que tres años antes habia llevado Francisco Cortés, y marchó al pueblo de Iztlan. Su cacique, acompañado de otros varios de los contornos, salió á recibir al presidente de la Audiencia, alojó al ejército en las casas mejores, y mandó que se le proveyese abundantemente de víveres. Como el señor del pueblo sabia que Nuño de Guzman habia permanecido muchos dias en Etzatlán, agotando casi del todo los comestibles de la provincia, le dió á entender, con mucha urbanidad, la dificultad que habria en proveer de comestibles á su numeroso ejército, si se detenia por algun tiempo. Le manifestó que Iztlan era un pueblo pobre; que nada le faltaria, si su detención no pasaba de dos dias, como estuvo Francisco Cortés; pero que si permanecia por mas tiempo, no ofendiese á los habitantes porque no le proporcionaban lo que les era imposible proporcionar. Nuño de Guzman se cuidó muy poco de las justas observaciones del cacique, y se propuso detenerse en el pueblo. Mientras él se hacia servir espléndidamente y sus soldados se burlaban de la afliccion de los habitantes, los indios auxiliares les maltrataban y robaban. Al verse acosados y zaheridos, los naturales del pueblo se sublevaron dando la voz de guerra. Su ejemplo fué seguido por todos los habitantes del valle de Aguacatlan, cundiendo la sublevacion por toda la tierra conquistada por Fran-

cisco Cortés, no quedando una sola aldea hasta el mar que no empuñase las armas. Las iglesias y las casas hechas por los encomenderos fueron destruidas por los sublevados. Nuño de Guzman marchó con su ejército hacia los pueblos que se habían lanzado á la lucha. Codiciando apoderarse de la provincias que sujetó tres años antes Francisco Cortés, se valió de los halagos y de las promesas para hacer que se presentasen á protestarle obediencia. Recomendó á los españoles que guardasen las mayores consideraciones con los nativos, y mandó á los capitanes indios de los escuadrones auxiliares, que no permitiesen á sus soldados entregarse al robo y al incendio, pues seria ahorcado el que infiriese daño ninguno á los vecinos de los pueblos. El sistema abrazado, le dió el resultado que se habia propuesto. Los indios, al ver que se les guardaba las consideraciones á que se juzgaban con derecho, depusieron su actitud hostil, y Nuño de Guzman tuvo así pretexto para apoderarse de lo que habia conquistado Francisco Cortés, y tomando posesion de la tierra, la agregó á su conquista, de que llegó á formar la mayor parte de la Nueva Galicia.

Guzman pasó con su ejército de Teutitlan á Jalisco y á Tepic. Los caciques se presentaron solicitando la paz y la amistad de los españoles. Pronto sin embargo cambiaron en hostilidad los ofrecimientos hechos con la mayor sinceridad. El jefe castellano, lejos de haber procurado introducir alguna disciplina en los indios auxiliares, les habia dejado entregarse á todos los excesos. Contando, por lo mismo, con la tolerancia del general en jefe y sin cuidarse de que el país en que acababan de penetrar se había

presentado como amigo, se derramaron por los arrabales de Jalisco apoderándose de todo lo que encontraban. Los habitantes al ver el desenfreno de los escuadrones indígenas que se habían adelantado á las tropas españolas, abandonaron la poblacion, llevándose cuanto en ella habia. Cuando Nuño de Guzman llegó al pueblo, lo encontró sin gente, pues toda habia huido á los montes y barrancas. Furioso de la conducta observada por los habitantes, y mas aun porque se encontró sin víveres, mandó á los indios auxiliares que incendiasen las casas, destruyesen las sementeras y lo talasen todo. Dada esta orden, se volvió á Tepic, donde permaneció un mes, dejando en el valle de Jalisco una fuerza competente.

1531. Deseoso de extender sus conquistas, se dirigió, á principios del año de 1531, al gran valle y poblacion de Tzenticpac, cuyo principal pueblo se encuentra situado á las márgenes del Rio Grande, dos leguas distante del mar del Sur. La gente de esta provincia era belicosa y estaba en continua guerra con la nacion Cora, situada en una serranía, hácia la parte del Norte, á diez leguas de Tzenticpac. Los habitantes recibieron á Nuño de Guzman con demostraciones de paz, y presentaron á los expedicionarios maíz en abundancia, aves, fruta y cuanto podia servir de sustento al ejército. El general español se manifestó aquí agradecido, y trató de halagar á los naturales. Por desgracia habia dejado obrar siempre libremente á los indios auxiliares, y siguiendo el sistema observado hasta entonces, se derramó una fuerza de seis mil hombres por las poblaciones inmediatas, robando cuanto hallaba y tratando sin piedad á sus habitantes. Los

caciques se presentaron al jefe español á quejarse de los ultrajes y daños recibidos de los escuadrones aliados, y manifestando que los pueblos se hallaban indignados de la conducta usada con ellos. Nuño de Guzman conoció entonces lo poco acertado que habia andado en haber permitido desde un principio á las tropas auxiliares ejercer el derecho de la fuerza. Queriendo, sin embargo, tranquilizar á los caciques y evitar que los pueblos empuñasen las armas, les prometió que castigaria á los culpables, asegurándoles que nadie les ofenderia en lo sucesivo. Para cumplir la promesa dada, envió á Cristóbal de Oñate con respetables fuerzas en busca de los seis mil hombres desbandados. Pronto los encontró ufanos y contentos, en un sitio cuyas casas acababan de incendiar, como si hubieran practicado una accion meritoria. Reprendidos por los desmanes cometidos, se les hizo formar, llevándolos al pueblo de Tzenticpac, donde estaba Nuño de Guzman. Inmediatamente mandó el general cercarlos con todo su ejército, que estaba ya prevenido para ello: llamó á los capitanes de los demás escuadrones auxiliares; prendió á los cabecillas que habian dirigido los saqueos y los incendios, y mandó ahorcar á muchos de ellos en presencia de los caciques del valle. El castigo dado á los delincuentes dejó satisfechos á los habitantes de la provincia, y sirvió para introducir algun orden y disciplina en las tropas indígenas. Nuño de Guzman tomó posesion de la provincia, con las formalidades acostumbradas, y fué la primera jurisdicción que empezó á poblar. En todas las provincias que llegó á conquistar, dejó terrible memoria de su crueldad y de su codicia. La provincia de Jalisco, que resistió

por algun tiempo á su poder, fué tratada con excesivo rigor, y cinco mil indios que logró hacer prisioneros en diversas acciones, fueron enviados á la provincia de Pánuco como cautivos. Vencidos los contrarios, dió á Jalisco el nombre de Nueva Galicia; pobló allí despues Compostela, donde residió por algun tiempo; y fundó las villas de Tepic, Concepcion y San Miguel, así como la ciudad de Guadalajara, á la que dió este nombre por haber nacido en otra de igual denominacion en España. Orgullosa de su poder, y tratando de apocar la importancia de los vastos territorios agregados por Cortés á la corona de Castilla, dió á la parte conquistada por sus armas el nombre de «La Mayor España,» asegurando que las tierras sujetadas por él, eran mayores y mas útiles que las del afamado general.

Mientras Nuño de Guzman, envanecido de los resultados de su campaña, gobernaba á su antojo las provincias que habia sujetado, y los odores hacian sentir en Méjico el peso de su gobierno arbitrario, oprimiendo á los españoles honrados, y despreciando las órdenes reales, relativas al buen trato de los indios, veamos las disposiciones que tomaba la corte de España para poner término á los abusos.

El monarca, lo mismo que la nacion entera, anhelaba la prosperidad de aquellos lejanos países.

Todas sus órdenes habian sido en favor de los naturales.

Demos á conocer las providencias que dictó al tener noticia de los acontecimientos de Méjico, desde que se encargó de su gobierno la Audiencia.